



José M. Castillo
LA RELIGIÓN DE JESÚS

COMENTARIO AL EVANGELIO DIARIO · 2021

Desclée De Brouwer

José M^a Castillo

La religión de Jesús
Comentarios al Evangelio diario
2021

Desclée De Brouwer

© José M^a Castillo, 2020

© EDITORIAL DESCLÉE DE BROUWER, S.A., 2020

Henao, 6 – 48009 Bilbao

www.edesclée.com

info@edesclée.com

Facebook: EditorialDesclee

Twitter: @EdDesclee

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos –www.cedro.org–), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Impreso en España

ISBN: 978-84-330-3116-7

Depósito Legal: BI-01452-2020

Impresión: Ixaropena, S.A. - Zarautz

INTRODUCCIÓN

Presentación	7
1 de enero	9
Comienzo del tiempo ordinario	22
Cuaresma	70
Semana Santa	119
Pascua	131
Adviento	408
Navidad	436

PRESENTACIÓN

Para hacer cada día correctamente la lectura del Evangelio, lo primero que debemos tener presente es que los relatos que contienen los cuatro evangelios canónicos (aceptados oficialmente por la Iglesia) no pretenden ser una “vida” o biografía de Jesús de Nazaret. Es más correcto decir que estos cuatro evangelios son una “teología narrativa”. De ahí que, en los relatos que componen los cuatro evangelios, lo que más nos debe interesar no es su “historicidad”, sino su “significatividad”. Es decir, lo que importa es el “significado” que cada uno de esos relatos tiene para las personas que pretenden conocer a Jesús. Y mediante Jesús, conocer a Dios. Y lo que Dios quiere de nosotros.

Otra indicación importante es que este año tenemos que leer el evangelio de cada día, condicionados por la dura y amarga experiencia de la pandemia del coronavirus. Una experiencia en la que nos hemos visto enfrentados a tres enormes problemas principalmente: 1) La “crisis sanitaria”. 2) La “crisis económica”. 3) La “crisis humanitaria”. Los tres pilares más básicos, que sustentan y sostienen a nuestra sociedad y que son, por otra parte, los tres grandes problemas que más interesaron a Jesús de Nazaret, tal como nos lo presentan los evangelios. Jesús, en efecto, curó enfermos, se puso de parte de los pobres y centró su mensaje en el amor a los demás, ya que es en lo verdaderamente humano donde encontramos al Dios y Padre de todos nosotros.

Pero sabemos que este proyecto, centrado y sostenido por los tres pilares indicados, chocó de frente con la religión, con los “profesionales de lo sagrado”, que no soportaron el éxito del Evangelio de Jesús. Lo que fue motivo de un incesante conflicto, que terminó en la condena a muerte, que fue el paso al destino y al éxito de la Resurrección.

¿Por qué la religión ha estado tan ausente de la sociedad y sus asombrosos problemas, en los tremendos meses de la pandemia? Lamentablemente, porque la religión se ha superpuesto al Evangelio. Y por más lamentable que resulte,

mientras que el Evangelio ha tenido –y tiene– respuesta a los tres problemas presentados, la religión ha tenido que cerrar sus puertas, quedar paralizada, y cuidar mucho para no resultar un ambiente y un medio más de contagio y peligro en la transmisión de la enfermedad.

El coronavirus ha traído sufrimiento, desgracia y muerte. Ha sido el origen de la mayor crisis económica de los últimos tiempos. Ha roto muchas familias y ha desorganizado nuestra sociedad en tantos aspectos. Pero también es cierto que nos ha abierto un horizonte de esperanza, que consiste en tener muy claro y firme que el Evangelio no es una carga de curas, conventos y sacristías. No. El Evangelio es una fuente inagotable de esperanza, humanidad y futuro. Lo que importa es que, al leerlo, no nos quedemos en una piadosa lectura. Sino que el Evangelio, liberado del vetusto lenguaje de sacristía, se constituya para cada cual en un “proyecto de vida”.

Lc 2, 16-21

En aquel tiempo los pastores fueron corriendo y encontraron a María y a José y al Niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que habían dicho de aquel niño. Todos los que lo oían se admiraban de lo que decían los pastores. Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón. Los pastores se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído, todo como les habían dicho.

Al cumplirse los ocho días, tocaba circuncidar al niño, y le pusieron por nombre Jesús, como lo había llamado el ángel antes de su concepción.

1. El primer evangelio del año nos lleva directamente a reflexionar en el primer problema que tiene que afrontar el ser humano. Concretamente, para cualquier persona que tenga (o pretenda tener) creencias religiosas, ese problema primero y primordial es el MISTERIO INSONDABLE DE DIOS. ¿Dónde y cómo podemos los seres humanos saber algo serio y seguro en torno al misterio de Dios? Dios es siempre un misterio porque es EL TRASCENDENTE. Y la “trascendencia” es lo incomunicable con la “inmanencia”. Por eso, nosotros los humanos, desde la “inmanencia”, pensamos en Dios como lo desconocido, lo contradictorio, lo que no interesa. ¿Cómo ha resuelto el cristianismo este problema? Lo ha resuelto mediante el acontecimiento de la ENCARNACIÓN DE DIOS. Que es la HUMANIZACIÓN DE DIOS. Dios se ha humanizado en Jesús de Nazaret. Por eso, la madre de Jesús es “Madre de Dios”. Los cristianos creemos en un Dios que tiene madre. Como todos los humanos tenemos madre.
2. ¿Qué nos enseña la Madre de Dios? Lo primero que aprendemos de María, la Madre de Jesús y Madre de Dios, es que Dios no quiere rangos, ni categorías, ni pedestales de gloria, que separan, distinguen, dividen, alejan y hasta enfrentan. Dios es el primero que da ejemplo de este abajamiento, y nos dice que el camino, para ser como Él quiere que seamos, no es “endiosarse”, sino “humanizarse” porque así, mediante la humanización, se produjo el encuentro de Dios con los seres humanos. En el ser humano, que fue Jesús, conocemos a Dios y nos relacionamos con Él.
3. Dios, en Jesús, tuvo una madre. Una sencilla y humilde mujer de aquella aldea, que era Nazaret cuando Jesús vino a este mundo. María educó a Jesús, como todas las madres educan a sus hijos. María educó la sensibilidad de Jesús, su bondad, su fortaleza y también su libertad. Si Jesús fue tan admirable que, siendo como fue, nos reveló a Dios, ¡qué mujer y qué madre tan admirable fue

María para ser capaz de educar así a Jesús! Cuando vemos una persona que nos impresiona, decimos ¡Bendita la madre que te trajo al mundo! Si efectivamente Jesús fue un ser humano (cosa que es de fe), ¡Qué Madre tan genial lo supo educar tan “divinamente”! En Jesús, LO DIVINO y LO HUMANO se funden en UNO. En esto radica, no solo el “origen”, sino además la “originalidad” del cristianismo.

2 DE ENERO - SÁBADO

1ª SEMANA DE NAVIDAD

Jn 1, 19-28

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan a que le preguntaran: “¿Tú quién eres?” Él confesó sin reservas: “Yo no soy el Mesías”. Le preguntaron: “Entonces, ¿qué? ¿Eres tú Elías?”. Él dijo: “No lo soy”. “¿Eres tú el Profeta?”. Respondió: “No”. Y le dijeron: “¿Quién eres? Para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado, ¿qué dices de ti mismo?”. Él contestó: “Yo soy la voz que grita en el desierto: allanad el camino del Señor (como dijo el profeta Isaías)”. Entre los enviados había fariseos y le preguntaron: “Entonces, ¿por qué bautizas si tú no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta?”. Juan les respondió: “Yo bautizo con agua: en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis, el que viene detrás de mí, que existía antes que yo y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia”. Esto pasaba en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde estaba Juan bautizando.

1. De Juan Bautista se dice que fue el “precursor” de Jesús. O sea, el Bautista predicó en público antes que Jesús, para preparar a las gentes de Palestina, con vistas a recibir y aceptar lo que Jesús les iba a enseñar. Esto ya –y nada más que esto– puso inquietos y nerviosos a los dirigentes de la religión establecida en Jerusalén. Jesús, ya antes de presentarse en público, en cuanto apareció el Bautista, fue motivo de preocupación para los hombres del Templo. Aquellos dirigentes religiosos tenían miedo. ¿A qué? A que Juan Bautista, y luego Jesús, les quitaran a la gente. Y con la gente, les quitasen también los privilegios y beneficios que les proporcionaba el Templo. Jesús, ya antes de aparecer en público, fue un peligro para los sacerdotes de entonces. ¿No lo seguirá siendo también para los de ahora?

2. En los sinópticos, Jesús identifica el papel de Juan Bautista con el de Elías (Mt 11, 14; Mc 9, 11-12; Lc 1, 17). Aquí, Juan Bautista no acepta ni ese título, ni el de “un profeta como Moisés” (como aparece anunciado en los manuscritos del Mar Muerto). El único título que acepta Juan Bautista es el de “una voz que

clama en el desierto". Juan se veía a sí mismo como un "nadie". Porque una mera voz no es una persona. Una voz es un mero sonido que clama, es un grito, una llamada, una súplica, una protesta... Donde solo hay voz, es que esa voz merece crédito por lo que dice. Es un dolor, una desgracia, que la Iglesia funcione de forma que necesita tantas cosas para terminar, a fin de cuentas, no allanando, sino complicando el camino del Señor. La voz de la Iglesia, cada día que pasa, se oye menos, se entiende menos. La esperanza, que tenemos en este momento, es el papa Francisco, el nuevo obispo de Roma, cuya voz clama en este mundo desierto de bondad y de sensibilidad ante tanto dolor, tanta hambre, tanta violencia y tanta injusticia.

3. La voz, que es Juan, sigue diciendo: *en medio de vosotros hay uno a quien no conocéis.* Jesús sigue siendo el gran desconocido, está en medio de nosotros, está en el otro, sea quien sea. Lo que ocurre es que carecemos de la mirada que descubre la presencia de Jesús en los niños, en los enfermos, en los maltratados. Jesús está entre nosotros y con nosotros. Lo que pasa es que no lo reconocemos. Jesús está presente en todos los desgraciados de la vida. Sobre todo, en ellos. Tenemos que cambiar nuestra mentalidad de "creyentes en Jesús".

3 DE ENERO - DOMINGO

2º DE NAVIDAD

Jn 1, 1-18

En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios. La Palabra en el principio estaba junto a Dios. Por medio de la Palabra se hizo todo, y sin ella no se hizo nada de lo que se ha hecho. En la Palabra había vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no la recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz. La Palabra era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre. Al mundo vino y en el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de ella, y el mundo no la conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios, si creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de amor carnal, ni de amor humano, sino de Dios. Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria; gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad. Juan da testimonio de él y grita diciendo. "Este es de quien dije: el que viene detrás de mí, pasa delante de mí, porque existía antes que yo". Pues de su plenitud todos hemos recibido gracia

tras gracia: porque la Ley se dio por medio de Moisés, la gracia y la verdad vinieron por medio de Jesucristo. A Dios nadie lo ha visto jamás: el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer”.

1. En el primer domingo del año, la Iglesia nos propone el “prólogo del evangelio de Juan” como punto de partida para poder entender y poner en práctica el Evangelio. ¿En qué consiste este “punto de partida”? Además, ¿por qué este “punto de partida” es tan importante y tan necesario para poder entender y poder vivir el Evangelio? Para poder responder a estas preguntas, hay que empezar buscando el significado de la última afirmación que hace este texto evangélico del IV evangelio: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el seno del Padre, es quien lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Como ha dicho uno de los especialistas más importantes del IV evangelio, “la tesis fundamental del prólogo afirma que Dios no se revela de forma última sino en la historia del hombre Jesús” (Jean Zumstein). ¿Qué significa esto? ¿Por qué es tan importante?

2. Lo más determinante, que se nos dice en este evangelio, es que la mente humana (y la capacidad de dicha mente), por muy potente que sea, no conoce ni puede conocer a Dios. Esto es así porque Dios es el “Trascendente”. Es decir, Dios pertenece y se sitúa en un ámbito de la realidad que no está a nuestro alcance. Por eso, Dios es el “Absolutamente-Otro” y se diferencia de cualquier otra realidad en que es “incomunicable”; de ahí que Dios es, para nosotros, “indemostrable” y además es también “contradictorio”. Porque, si Dios es infinitamente “poderoso” e infinitamente “bueno”, ¿cómo se explica que tanto poder y tanta bondad hayan hecho un mundo con tanta maldad y tanto sufrimiento? ¿Tiene esto solución?

3. Los humanos, para resolver el problema de Dios, nos hacemos nuestras “representaciones” del Trascendente. Cada religión y cada cultura se lo ha hecho así: según sus tradiciones, sus costumbres, sus intereses, etc. Las dos religiones, que se han dado cuenta de este problema, han sido el budismo y el cristianismo. El budismo lo ha resuelto prescindiendo de Dios: el sujeto religioso se centra en sí mismo, en el “Dharma”, y así el budista encuentra la paz del espíritu. Pero eso puede tener un peligro: desentenderse debidamente de los demás. El cristianismo lo ha resuelto mediante la “Encarnación” de Dios. En Jesús, Dios se ha “encarnado”. Es decir, en Jesús, Dios se ha “humanizado”. Por eso, viviendo como vivió Jesús, así es como podemos conocer a Dios y hacer lo que Dios quiere que hagamos. En esto está el eje y el centro del cristianismo. La clave del Evangelio.

Jn 1, 35-42

En aquel tiempo estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: "Este es el Cordero de Dios". Los dos discípulos oyeron sus palabras y siguieron a Jesús, que se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: "¿Qué buscáis?" Ellos le contestaron: "Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?" Él les dijo: "Venid y lo veréis". Entonces fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día: serían las cuatro de la tarde. Andrés, hermano de Simón Pedro era uno de los dos que oyeron a Juan y siguieron a Jesús; encuentra primero a su hermano Simón y le dice: "Hemos encontrado al Mesías (que significa Cristo)". Y lo llevó a Jesús. Jesús se le quedó mirando y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas" (que se traduce Pedro).

1. Es de suma importancia, para entender el valor de este relato, tener en cuenta y saber valorar el significado que tiene en los evangelios el verbo "seguir" (*akolouthēin*). Lo primero que dice el texto de Juan es que los primeros discípulos, en cuanto vieron a Jesús, lo primero que hicieron fue "seguir" a Jesús. Aquellos hombres ni sabían quién era el "Cordero de Dios", ni tenían idea de qué clase de persona era, ni qué proyecto de vida tenía, ni qué condiciones de vida ponía, ni qué ideas tenía. Y lo más importante: no sabían qué exigencias presentaba el "seguimiento" de Jesús. ¿Qué importancia tiene el "seguimiento" de Jesús? ¿Qué exigencias y qué consecuencias entraña?
2. Es evidente que el "seguimiento" de Jesús es lo primero en el Evangelio. Tanto en los sinópticos (Mc 1, 16-21; Mt 4, 18-22; Lc 5, 1-11) como en este relato de Juan. Es de suma importancia tener presente que el "seguimiento" aparece, en los cuatro evangelios, antes que la "fe". Y conste que los discípulos vacilaron y tuvieron inseguridades en lo referente a la fe, incluso después de haber visto al Resucitado. Y Jesús toleró todo lo relativo a las dudas e inseguridades en cuanto afectaba a la fe. Sin embargo, el mismo Jesús fue intransigente en cuanto se refería al "seguimiento". El que no "lo dejaba todo", no podía seguir a Jesús (Mt 8, 18-22; Lc 9, 57-62). Y el joven rico, que no abandonó todo lo que tenía (Mc 10, 17-31; Mt 19, 16-21; Lc 18, 18-30), tampoco fue admitido por Jesús.
3. El "seguimiento" de Jesús es el eje, el centro, el fundamento de nuestra relación con Jesús, y es el componente básico de la cristología. La "fe" se controla, porque es el sometimiento a una doctrina que se fija y se delimita en Roma, en la Congregación de la Doctrina de la Fe. Pero en Roma no hay

una Sagrada Congregación del Seguimiento de Jesús. La fe es el eje de la teología. El seguimiento ha quedado desplazado a la espiritualidad, cuando, en realidad, a Jesús le conocemos, no mediante estudios, libros y conferencias. Conocen a Jesús quienes le siguen, no quienes lo estudian. La fe es aceptar unas ideas, el seguimiento es asumir una forma de vida, y esto es lo que nos cuesta. Por eso, nos quedamos con la fe, y tantas veces, ni eso.

5 DE ENERO - MARTES

2ª SEMANA DE NAVIDAD

Jn 1, 43-51

En aquel tiempo, determinó Jesús salir para Galilea. Encontró a Felipe y le dice: "Sígueme". Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encuentra a Natanael y le dice: "Aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los Profetas lo hemos encontrado: a Jesús, hijo de José, de Nazaret". Natanael le replicó: "¿De Nazaret puede salir algo bueno?" Felipe le contestó: "Ven y verás". Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: "Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño. Natanael le contestó: "¿De qué me conoces?" Jesús le responde: "Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera, te vi". Natanael respondió: "Rabí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". Jesús le contestó: "Por haberte dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Has de ver cosas mayores. Y le añadió: "Yo os aseguro: veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del Hombre".

1. La primera decisión firme que tomó Jesús fue irse a Galilea. Judea era la región de los ricos y los entendidos, los notables. Galilea era todo lo contrario. Jesús se fue con los peor vistos y los que peor vivían, era la región atrasada y despreciada. Jesús no quiso jamás ponerse en lo más alto y lo más valorado. Entre otras razones, porque, como bien sabemos, el "desde dónde" se ve la vida, determina el "cómo" se ve esa realidad. Jesús quiso ver la sociedad desde abajo, desde donde se ven las carencias y desgracias. Y eso, de forma que marca toda la visión y la idea que tenemos del mundo en que vivimos y de la sociedad en que nos movemos.
2. Felipe hizo un gran elogio de Jesús y contagió a Natanael su estima y lo mucho que admiraba a Jesús. Pero la verdad es que este mismo Felipe, que tanto elogió a Jesús, convivió con Jesús y no se había enterado de quién era realmente Jesús. Esto quedó patente después de la "última cena", cuando Jesús se despedía de los discípulos. Fue entonces cuando este mismo hombre,

Felipe, le pidió a Jesús que le mostrara al Padre. Y fue entonces, al final y en la despedida última, cuando Jesús le dijo: "Tanto tiempo como llevo con vosotros, ¿y todavía no me conoces, Felipe?" (Jn 14, 9). Y fue entonces cuando Jesús dijo una de las cosas más profundas y geniales que hay en toda la Biblia: Felipe, quien me ve a mí, está viendo a Dios" (Jn 14, 9). No olvidemos que "el Padre", en el IV evangelio, es el nombre que designa a "Dios" (Karl Rahner).

3. Se puede afirmar que este texto es quizá el más importante, que encontramos en la Biblia, porque aquí queda patente que Dios se ha "humanizado". Es decir, a Dios lo vemos, lo oímos, lo conocemos en un ser humano. Sin duda alguna, aquí y en esto tenemos la solución al problema que siempre nos plantea la religión. El "hecho religioso" nos habla de Dios y el destino es Dios. Pero, ¿dónde y cómo conocemos a Dios? Si Dios es el Transcendente, el "Absolutamente-Otro", lo específico y propio del Transcendente es la in-conoscibilidad. No podemos conocerlo. De ahí, la importancia capital de la "HUMANIZACIÓN DE DIOS". A Dios lo conocemos y lo encontramos en "lo humano". Por tanto, cuanto más humanos seamos, más "divinos" nos hacemos.

4. La consecuencia decisiva, que tiene la "Encarnación de Dios en Jesús", la humanización de Dios en el ser humano, que fue (y es) Jesús el nazareno, es esta: lo que realmente nos lleva a Dios no es la religión, sino el Evangelio. Es decir, vivir como vivió Jesús. Y bien sabemos que, precisamente por lo que acabo de indicar, el gran conflicto que tuvo Jesús y que le llevó a la muerte, no fue la política, sino la religión. De esto, hablaremos detenidamente en Cuaresma y Semana Santa.

6 DE ENERO - MIÉRCOLES

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

Mt 2, 1-12

Jesús nació en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes. Entonces, unos Magos de Oriente se presentaron en Jerusalén preguntando: "¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Porque hemos visto salir su estrella y venimos a adorarle. Al enterarse el rey Herodes, se sobresaltó y todo Jerusalén con él; convocó a los sumos pontífices y a los letrados del país, y les preguntó dónde tenía que nacer el Mesías. Ellos le contestaron: "En Belén de Judá, porque así lo ha escrito el Profeta: "Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ni mucho menos la última de las ciudades de Judá pues de ti saldrá un jefe que será el pastor de mi pueblo Israel".